

Marjolijn van Heemstra

En busca de tu nombre





Seix Barral Biblioteca Formentor

Marjolijn van Heemstra

En busca de tu nombre

Traducción del neerlandés por
Goedele De Sterck

Título original: *En we noemen hem*

© 2017 Marjolijn van Heemstra, Das Mag Publishers

© por la traducción, Goedele De Sterck, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Este libro ha sido publicado con el apoyo de la Fundación Neerlandesa de las Letras

Nederlands letterenfonds dutch foundation for literature

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-322-3500-9

Depósito legal: B. 5.961-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

De no haber cumplido yo los dieciocho después de que, doce años antes, un tío lejano mío sintiera cómo llegaba al final de sus días en su casa en España;

de no haberse quedado ese tío sin hijos y de no haber añorado justo antes de su muerte una vida que no había tenido;

de no haber enviado él por ese motivo su sortija y única joya a mi abuela, con el encargo de que se la regalara a un futuro tocayo de la familia;

de no haberse olvidado mi abuela de comprarme un regalo por mi dieciocho cumpleaños y de no haber ido yo a verla ese día;

de no haber mirado ella nerviosamente a su alrededor en busca de algo que de algún modo pudiera servir de regalo;

de no haberse posado su mirada en la cajita de cuero negro donde guardaba la sortija que llevaba doce años esperando el dedo apropiado;

de no haberme yo comprometido con una pro-

mesa que haría discurrir mi primer embarazo de principio a fin bajo el signo de un atentado con bomba ocurrido el 5 de diciembre de 1946;

este relato habría seguido siendo el mito pequeño y plano que había sido durante setenta años.

FALTAN 27 SEMANAS

—Se llamará Frans —digo—. Frans Julius Johan.
El volumen de mi voz me asusta.

D sonrío.

—No hace falta que grites, estoy a tu lado.

Abre la puerta del coche.

—¿Te ayudo?

—Soy una mujer embarazada, no minusválida.

D se acerca al lado del conductor riéndose por lo bajo. Antes de subir golpea dos veces el techo. Superstición. Cree que cuando has sido muy afortunado debes conjurar la mala suerte. Trato de sentirme aliviada. Las semanas de incertidumbre pertenecen al pasado, hay un corazón que late, se está gestando un bebé. Sin embargo, junto con el alivio anida en mi pecho el miedo, el miedo que reptaba por mi cuerpo desde que en la prueba de embarazo salió una cruz azul celeste. Un vacío amenazador que parece agrandarse conforme cre-

ce el bebé. Vasto y blanco como el mapa de la Antártida que un amigo me regaló por mi último cumpleaños. Una superficie gigantesca, con el nombre en la esquina superior izquierda, la escala abajo a la derecha y nada más. Ni un camino, ni un lago, ni un pueblo. Para mi amigo no había mapa más bonito que ése, pero a mí me ponía la piel de gallina. Desde que estamos contando las semanas soy incapaz de quitarme de la cabeza aquella hoja en blanco, inquietante combinación de algo y de nada.

Me dejo caer en el asiento, aguantando como puedo las punzadas que me horadan las caderas. Pese a estar sólo en la semana trece ya sufro dolor pélvico. Nada más sentarse a mi lado, D señala el cuadernillo con las ecografías que sujeto entre las manos.

—Me gustaría verlas otra vez.

Juntos miramos las imágenes que nos ha imprimido la especialista tras interpretar las manchas claras en la pantalla («Aquí tenéis las fotos de vuestro bebé»). Un brazo, el estómago, los latidos del corazón, todas y cada una de las radiantes partes de nuestra criatura. Aunque yo asentía con la cabeza a cada indicación suya, no supe detectar ningún rasgo humano en las formas que flotaban por la oscuridad. Me parecían seres primitivos sumergidos en el caldo primigenio. Las fotografías del cuadernillo me recuerdan a un paisaje nocturno envuelto en la niebla. D las hojear, sé qué imagen

está buscando, la de las dos manchas largas (las piernas) separadas por una pequeña protuberancia. La que llevó a la especialista a exclamar: «¡Está clarísimo que es un niño!».

D se mostró aliviado. La perspectiva de que pudiera ser una niña lo asustaba. Considera que las niñas son muy vulnerables. Yo temo exactamente lo contrario. Según leí en algún momento, los varones corren más riesgo de morir a consecuencia de una conducta temeraria: automóviles, alcohol, guerras, petardos, peleas.

—Qué silencio —murmura D.

Introduce la llave en el contacto y sintoniza 10 Gold, su emisora favorita. Cuando por fin da con la imagen, sigue con los dedos el contorno de las manchas sin dejar de acompañar a Elton John con su voz, visiblemente contento. Me miro las manos, el grueso anillo de oro con la piedra azul que mi abuela me puso en el dedo corazón con gesto solemne el día que cumplí dieciocho años, haciéndome prometer que a mi primer hijo varón le pondría el nombre del héroe de la familia, a quien había pertenecido la sortija. Articuló su nombre como si estuviera revelando un secreto. Frans Julius Johan. Yo nunca antes lo había oído, sólo lo conocía por el nombre de batalla con el que lo había bautizado la familia: *el primo ponebombas*. El héroe de la Resistencia que, un año después de la guerra, perpetró un atentado mortal contra un miembro no condenado del NSB, el Movimiento Nacional So-

cialista Holandés, porque no podía vivir con la idea de que la justicia no existe. Por lo que me comentó mi abuela, su último deseo fue que el anillo lo llevara un tocayo suyo. «Desde entonces han pasado doce años. Podemos seguir esperando a que en esta familia nazca un tocayo, pero también puedo darte a ti el anillo y acordar contigo que pongas el nombre del primo a tu primer hijo varón.»

—Se llamará Frans. —De nuevo esa voz extraña y sonora—. Frans Julius Johan.

D levanta la mirada del cuadernillo y pregunta divertido:

—¿No deberíamos pasarnos meses buscando un nombre, y con mayor motivo si van a ser tres? Niego con la cabeza. Está todo decidido.

—Le pondremos el nombre del primo ponebombas. En estos tiempos que corren no está de más apostar por el sacrificio y el valor.

D me mira asombrado.

—¿Hablas en serio? Creía que lo del primo ponebombas y su última voluntad no era más que... —busca la palabra adecuada— una buena historia para contar en fiestas y reuniones de amigos. No un deseo real.

Tiene razón. Era justamente eso. La anécdota perfecta que se saca a relucir en cualquier discusión sobre violencia y justicia después de tomar una copa de más, la historia del héroe cuyo nombre le pondría a mi hijo, algún día. Y a veces tam-

bién, lo reconozco, una forma de impactar a mis interlocutores con mi ilustre pasado familiar cuando me preguntaban por el vistoso anillo que lucía en el dedo corazón. Durante quince años ha sido una historia sin más, durante quince años el primo ponebombas me resultaba igual de lejano e irreal que el hijo al que en algún momento pondría su nombre. El uno había dejado de existir, el otro aún no existía. Sólo existía la historia que vinculaba las dos posibilidades. Pero ahora que el hijo posible se me presenta como una realidad enorme y desconocida necesito una inscripción. Un nombre que dibuje las proporciones correctas, una historia que colme el vacío blanco. Ésta es la historia perfecta. Un héroe erigido en molde para mi hijo.

Vuelvo a mirar las ecografías. Por un instante me parece ver al primo ponebombas flotando en la oscuridad. Medio engullido por la historia, deseoso de atrapar la luz y la vida. No me apetece hablarle a D de la Antártida. No quiero estropear este día con mi miedo hacia lo desconocido. D arranca el coche y salimos del aparcamiento.

—Fue su último deseo —digo.

—Pero si hace casi treinta años que ese primo ponebombas murió.

—Se lo prometí a mi abuela.

—Que también está muerta —puntualiza D.

—¿Por qué no te gusta?

—Se me ocurren nombres más bonitos.

—A mí lo que me importa es la historia detrás del nombre.

—Cuando apenas sabes nada de él.

Dejo nuestro paisaje nebuloso encima del salpicadero.

Una vez más, D tiene razón. Lo poco que sé cabe en una sola frase. En la tarde del 5 de diciembre, víspera de San Nicolás y tradicional noche de regalos en Holanda, un héroe de la Resistencia lleva una bomba empaquetada como regalo sorpresa a casa de un antiguo miembro del NSB.

He puesto *bomba*, pero en la tradición familiar se hablaba invariablemente de un «petardo», del mismo modo que el miembro del NSB era un «traidor a la patria» y el primo ponebombas un «gamberro». Fue la generación de mis abuelos la que dio vida a la historia, aprovechando la menor oportunidad para contar los detalles a quien quisiera oírlos. Gamberro sorprende a traidor a la patria con petardo.

Una historia contada con cariño a la que mi abuela añadía un refrán: Donde las dan las toman.

Ella fue la primera persona que me habló del primo ponebombas. Por entonces yo tenía siete años. Nos encontrábamos en La Haya, de camino a la tertulia en casa de una de las muchas amigas de mi abuela, o a la mercería, ya no sabría decirlo. Tenía costumbre de llevarme a mí —y no a los otros nueve nietos— en sus salidas. Quizá en parte porque yo podía pasarme horas debajo de la

mesa con unos lápices y una hoja de papel, y también porque me llamaba como ella. Me daba perfecta cuenta de lo mucho que disfrutaba cuando yo decía mi nombre. «¡Igualita que yo!», solía exclamar, como si se sorprendiese una y otra vez de que existiera una versión suya en pequeño. No recuerdo si pasamos de casualidad o si fuimos expresamente, pero en un momento dado nos detuvimos junto al canal del Príncipe. Mi abuela me enseñó la puerta de una casa. Me habló del héroe de nuestra familia y me comentó que fue ahí donde llevó el «petardo». Me dijo que me fijara en el color de la fachada, de un tono más claro que el de las fachadas colindantes. «¿Lo ves? Tuvieron que reconstruir el edificio.» Y concluyó su relato con un alegre «donde las dan las toman». Yo tenía siete años e ignoraba a qué se refería. Sin embargo, asentí con la cabeza porque aquello sonaba muy lógico. La fuerza de la rima, comprendí más tarde. A lo hecho, pecho. Haz bien y no mires a quién.

No sé cuántas veces habré contado la historia del primo ponebombas desde entonces. Conforme la repetía, iba incluyendo más pormenores.

Tanto es así que en primaria, con nueve años, di una charla sobre el tema. Me la inventé en buena parte. En mi versión, el «traidor a la patria» se había convertido en un grupo de doce miembros del NSB que en vísperas de San Nicolás abrieron todos juntos el paquete bomba de mi supertío y —¡tres, dos, uno!— saltaron en mil

pedazos. Había ensayado mi intervención ante el espejo de casa: la pausada cuenta atrás, con la voz llena de tensión contenida, y después la explosión. Con grandes gestos dramáticos fui cayendo —¡tres, dos, uno!— al suelo, donde me hice la muerta a la espera de los aplausos. Conseguí un nueve y me llevé una ovación, con toda la clase en pie. Además, el parentesco en primer grado con un héroe de semejante talla me valió un noviazgo de varios meses con el chico más popular de la escuela. Aunque fue el resultado de un cúmulo de circunstancias fortuitas —un cumpleaños, un regalo improvisado, un fallecimiento previo—, la herencia de la sortija al cumplir los dieciocho años parecía obedecer a una lógica aplastante. Justicia histórica, la fuerza de la rima.

—¿Y? —me pregunta D con una mirada interrogativa.

Estamos entrando en nuestro barrio. D conduce el coche hábilmente por las calles estrechas.

Quizá no tenga sentido que a estas alturas me aferre a un viejo héroe, a un refrán de mi infancia. Pero cuando D me pregunta qué foto del bebé vamos a colgar en la nevera vuelvo a sentir bajo el ombligo aquel vacío inmenso.

—Es cierto que sé poco. Quiero saber más.

D se ríe con esa risa amplia y contagiosa tan propia de él, la que lo llevó a protagonizar el anuncio publicitario de los caramelos Mentos que

después de cinco años se sigue emitiendo en horario de máxima audiencia. *The Freshmaker*. Me gusta su risa, y también la despreocupación con la que me anima a empezar a investigar cuanto antes.